

programático de la editorial y tiene motivos ideológicos en sus integrantes, publicar una revista de venta masiva durante la década del 20 (e incluso hasta la crisis del papel a fines de los años 30) era no sólo posible sino también rentable. Leyendo las publicaciones de la CEC con regularidad es posible ver los rápidos progresos económicos de la empresa que LP o *Claridad* celebran en sus páginas: la compra de máquinas para el taller de impresión, las mudanzas a locales cada vez más amplios y la adquisición, finalmente, del «local propio». Pero esto es también evidente durante el breve período en que sale LP ya que en el número 9 —a los tres meses de iniciada la publicación— se piden agentes y distribuidores en el interior del país.

La honestidad comercial es la que hace que la CEC se enfrente a las editoriales que publicaban folletines<sup>5</sup> (textos que no estaban escritos por «grandes pensadores») y a ellas les disputa el público condenando la «explotación de las bajas pasiones». En el número 1 de LP (febrero de 1922) se aclara en contratapa: «Muy especialmente recomendamos su lectura y particularmente a las mujeres que tienen por costumbre leer los “cuentuchos” que se publican en esas novelas semanales que abundan tanto COMO POCO VALEN» (las comillas y mayúsculas están en el texto). La honestidad también impregna el léxico y promueve el renunciamiento ante una eventual «falta»: «Sus páginas (las de LP) no se *mancharán* con avisos comerciales de ninguna clase, a ningún precio» (número 2); «“LP” *dejarán de aparecer* antes de dar una obra trunca» (número 7; el subrayado no está en el texto).

La revista-libro LP es la primera publicación de la CEC y como tal tiene cien números que se suceden desde febrero de 1922 hasta noviembre de 1924. A partir del 101 la revista entra en su segunda época con 22 números más, para luego transformarse en revista *Claridad. Tribuna del pensamiento izquierdista*. Estas publicaciones, que son revistas culturales en un sentido muy amplio, dedican un espacio muy importante a lo literario que en LP es casi hegemónico. La reflexión y el uso de lo literario dentro de ese proyecto cultural hace que constatemos tres ejes fundamentales que fueron desarrollados abundantemente en los cien primeros números de la revista y que nos interesan en especial desde la perspectiva de la historia literaria: la literatura, el escritor y el público. Sobre esta trilogía se articulan las indicaciones de la empresa editorial dirigida a «educar al ciudadano», a «... hacer la revolución en los espíritus» como señala el epígrafe que comienza a salir en el número 4 y que se mantiene hasta el 24.<sup>6</sup>

A pesar de que los primeros cien números son «la simple reproducción de una obra», cada uno de ellos dedicado a «un gran pensador», hay mucho material a través del cual se puede leer cuál es la idea de literatura que tenían aquellos que se agrupaban en la CEC, qué era lo que constituía el *corpus* de lo literario, qué lugar ocupaba lo estético, qué imagen de escritor se diseñaba y cuál era la función que la literatura debía cumplir en la sociedad. A estas preguntas creemos encontrar respuestas a través de materiales heterogéneos y por lo general breves aparecidos en tapas y contratapas.

Si bien la pertinencia de estas preguntas es múltiple hay dos motivos que las convier-

<sup>5</sup> Especialmente «La novela semanal», «La novela del día», «El cuento ilustrado», «La novela para todos».

<sup>6</sup> Los enfervorizados y voluntaristas editores de LP hacen suyo el «mandato» de H. Barbusse y el grupo Clarté francés cuyos estatutos y objetivos difunden.

ten en fundamentales para la perspectiva de la historia y la crítica literarias; especialmente si tenemos en cuenta la circulación de LP en el espacio social: en primer lugar, la venta masiva —con sucesivas ediciones de algunos volúmenes— y entre sectores poco habituados a leer ficción y en algunos casos recién alfabetizados. En segundo lugar, el aval que le proporciona un sector del campo cultural de la década del 20, el llamado «Grupo de Boedo», que participando en la CEC refrenda lo publicado como muestrario de las «grandes cumbres del pensamiento».

Por otro lado, no puede dejar de tenerse en cuenta que en la misma época comienza a desarrollarse otra línea literaria representada por las revistas *Martín Fierro* y *Proa* que se despliega exactamente en la dirección opuesta en lo que respecta a estos tres ejes y a la que por el momento, dejamos de lado.

## La literatura

Comenzamos a trabajar sobre la publicación que juega su historia de la primera época en un título y dos subtítulos: *LP. Revista de selección universal* (hasta el número 18 inclusive) y *LP. Publicación semanal de obras selectas*; entre uno y otro la voraz necesidad de dar cuenta de la totalidad, la explicación como medio de agotar los materiales. La experiencia del contacto material con LP produce la idea de un cuerpo absolutamente *compacto* donde no quedan espacios en blanco, donde nada puede filtrarse; la masa del texto parece desbordar los límites de la página tal como los editores deseaban que se derramara el sentido por los intersticios del tejido social.<sup>7</sup> Tomando los subtítulos, el espacio que va entre «revista» y «publicación» es el espacio que existe entre un modo de circulación y la descripción de una «esencia» ya que efectivamente LP es una edición de la obra de un pensador en forma de revista. Lo que se mantiene de un subtítulo a otro es la idea de *selección* de lo publicado. Podemos preguntarle a este *clisé* «obra selecta»: ¿quién selecciona?, ¿para quién lo hace? y ¿cuáles son los criterios de selección? para comenzar a describir el concepto de literatura que suscribe la revista-libro y el espacio y función que recubre lo estético.

Se podría contestar, en líneas generales, que para una editorial que se proyecta como masiva la selección de las obras publicadas es la que ha practicado la tradición de lecturas y que las normas y convenciones de los «letrados» son las que han constituido a determinadas obras en selectas. La idea de selección remite a la «aristocracia del espíritu», con la certeza de que esas obras escogidas encierran una verdad que ha superado el paso del tiempo y en ellas hay algo que aprender.<sup>8</sup> Pero éste es el caso del índice de LP sólo

<sup>7</sup> La revista, de 16 por 25 cm, es casi una saturación de impresión. Sus páginas no tienen blancos, carecen totalmente de ilustraciones y de espacios entre capítulos, son un flujo de escritura que no admite pausa. No parece admitir pausa ni descanso el propósito de educar y ser educado con urgencia, la necesidad de acercarse rápidamente al grupo «letrado» y de proporcionarse, por los medios que haya al alcance, una cultura. La dificultad para formarse de aquellos sectores que no acceden a los niveles superiores de la educación sistemática hace que la tarea sea ardua y no admita distracciones. Hay en esta concepción un sesgo moral de una estrictez sorprendente.

<sup>8</sup> Aunque la mayoría de los textos del catálogo se centra en el borde de los dos últimos siglos, por afinidades estéticas e ideológicas, en el número 66 se publica Dafnis y Cloe de Longo rescatada como «la primera obra del género naturalista» con un comentario que la señala como «obra perdurable».

en parte ya que combina autores consagrados por la tradición (en realidad, no muchos) con otros completamente desconocidos y verdaderamente secundarios. No parece ser del todo osada la hipótesis de que en algunos casos la CEC publicaba aquello que «tenía a mano» y que éste puede ser también un criterio de selección para una publicación que en algunas épocas fue semanal y que se había propuesto cumplir puntualmente con su público. Esta hipótesis estaría avalada por la aparición de obras que no son fácilmente ubicables en el sistema estético-ideológico de la revista y que además disputan con él. No es extraño encontrar algunos textos plagados de notas al pie, firmadas por la editorial, en las que se aclara que LP no está de acuerdo con lo expresado en la obra o que «tal» afirmación no debe ser leída en «tal» sentido; este es el caso de *Preludios de la lucha* (Baladas) de Francisco Pí y Arsuaga en el número 25 (septiembre de 1922). El texto condena abiertamente el progreso porque lo concibe como la causa de las diferencias de clase al tiempo que la nota al pie aclara que «el progreso no es malo en sí mismo sino que la ambición de los ricos y la ignorancia de los pobres son las que determinan los males»; las notas se suceden a lo largo de las 43 páginas, expurgándolas. Queda en pie entonces la pregunta por su elección. Otros casos que sostendrían esta hipótesis son los variados esfuerzos que se hacen desde las contratapas de LP por «encumbrar» a ciertos escritores sin prestigio, estimando la indiferencia general como prueba de talento. Pero quizás el caso más inexplicable como no sea por la falta de algo mejor, es el del número 62 en que se publica *El teatro de los humildes* (Poesías) de Julio Herrera y Reissig; en la nota biográfica de la contratapa la firma XXX después de diferenciarse de la estética del poeta le otorga la posibilidad de retractación póstuma: «Introdujo *desgraciadamente* el decadentismo francés... A no haber muerto tan joven, *seguramente* habría reaccionado contra una teoría estética tan *falsa*». (El subrayado no está en el texto.) Es posible que las poesías publicadas de Herrera y Reissig vengán a comprobar, por otro camino, el «desgraciadamente» y reafirmen la pregunta de por qué se incluyen en el índice; ¿es el «humildes» del título o la falta de otros textos para completar el número?

Esta idea de completar, la imagen de lo compacto, se cruza con la honestidad comercial que significa, entre otras cosas, entregar todos los volúmenes con no menos de 32 páginas y como en algunos números la obra resulta insuficiente para cubrirlas, se incluyen a modo de «relleno», pensamientos, aforismos de otros «grandes pensadores» agrupados bajo un tema general como «la vida», «la muerte», «la naturaleza», etc. Así en el número 11, habiendo resultado escasa la obra de Pablo Mantegazza se incorporan «pensamientos» de Cicerón, Séneca, San Ambrosio, Averroes, Saavedra Fajardo, Jovellanos, Newton, Kepler, Pascal, Humboldt, Flammarion, Encarnación Catalá, Fóscolo, Maupertius, Petrarca, Gómez de Avellaneda, D'E de Constant y Lope de Vega. Esta lista tan heterogénea autoriza a pensar que los criterios de admisión son amplios siempre que haya páginas que cubrir.

La atracción del título (si tenemos en cuenta la posición abiertamente anticlerical de la CEC y sus colaboradores) es también la que parece regir la inclusión de *La muerte de Jesús* de Eça de Queiroz ya que al llegar a la última página de su texto los lectores se enteran de que es una versión incompleta de un manuscrito que el autor nunca terminó.